

Unidad 3.

El libro y las bibliotecas europeas en el siglo XVV.

Dahl, Svend. Comienzo de las subastas de libros. Pp. 170. En: Historia del libro.. Madrid: Alianza, 1972.

--- Los tipos de encuadernación. El estilo Le Gascon. Pp. 174-177. En: Historia del libro. Madrid: Alianza, 1972.

Comienzo de las subastas de libros

Durante los primeros años del siglo xvii aparece una nueva forma de comercio de libros, en la que se comienza a ofrecer libros en subasta y a venderlos al mejor postor. También fue Holanda el país iniciador y Leyden la ciudad donde tuvo lugar la primera *subasta de libros*. Probablemente fue el viejo Lodewijk Elzevir quien tomó la iniciativa. Pronto pudo verse que se había dado con un sistema que satisfacía el interés tanto del comprador como del vendedor. Este obtenía mayor beneficio económico y el comprador tenía acceso a colecciones que no estaban formadas al azar, como suelen estarlo las existencias de un librero. Muy pronto, sin embargo, surgió la queja de que los libreros que disponían la subasta aprovechaban la ocasión para deshacerse de la parte menos valiosa de sus existencias introduciéndola entre los libros que debían figurar en ella. Como en la actualidad, se distribuía, con anterioridad a la subasta, un catálogo impreso de los libros, por lo general clasificados en octavo, cuarto y folios.

Las subastas de libros en Holanda atrajeron pronto la atención de otros países y fueron obteniendo creciente importancia internacional. Un eclesiástico inglés, Joseph Hill, que había residido en Holanda, introdujo la costumbre en Londres en 1676, cuando, por su iniciativa, a la muerte de un clérigo se vendieron en subasta sus libros, y también allí obtuvo el sistema una rápida aceptación; se cree que fue introducido en Norteamérica en 1713. El ambiente de expectación que se produce en toda subasta no falta en la de libros, y la presencia en la sala de una auténtica rareza, es presagio con frecuencia de episodios de carácter altamente dramático. Sin embargo, la gran época de las subastas de libros no comienza hasta el siglo xviii. El sistema de la subasta se propagó también a Francia y a Alemania en la segunda mitad del siglo xvii —los libreros alemanes intentaron en vano luchar contra él.

a la fantasía artística del arquitecto y muchas de ellas ofrecen grandes bellezas en sus cúpulas, columnas, techos pintados y frisos. No puede negarse, sin embargo, que con toda su magnificencia arquitectónica llegan a eclipsar a los propios libros, de modo que de un simple marco se convierten en asunto principal; pero en la época del barroco, con su afición por la pompa, esto no era un defecto: las salas de las bibliotecas debían tener exactamente este aspecto de museo, que era acentuado adicionalmente por medio de esferas terráqueas y celestes exhibidas en medio de la sala o vitrinas con toda clase de objetos de arte y curiosidades. Hasta cierto punto ello está relacionado con el hecho de que muchos de los grandes bibliófilos fueron también coleccionistas de arte; así, el ministro francés Pierre Séguier, que llegó a reunir más de 20.000 volúmenes, había instalado en su palacio salas de lectura en las que las colecciones de porcelanas ofrecían mayor atractivo que los mismos libros.

Uno de los ejemplos más suntuosos de este tipo de bibliotecas es el famoso salón de cúpula que a comienzos del siglo XVIII se construyó para la *Biblioteca Real* de Viena. Otro ejemplo de salón de biblioteca, pero menos importante, es la Biblioteca Nacional de Weimar, que consta de tres galerías ovaladas superpuestas, adornada con el oro de los pilares de mármol y de los capiteles.

Los tipos corrientes de encuadernación. El estilo

Le Gascon

A la suntuosidad arquitectónica correspondían las encuadernaciones de lujo. El mayor número, sin embargo, de las encuadernaciones hechas durante el siglo XVII, como en los tiempos anteriores, pertenece no a éstas, sino a los *tipos corrientes de encuadernación*. En las bibliotecas de hoy día se encuentran multitud de volúmenes de aquel tiempo, encuadernados en piel francesa de ternera u oveja, jaspeados imitando la concha de tor-

tuga o coloreados con carburo de hierro y que no presentan más decoración que la del lomo. Aún más sobria se muestra la encuadernación inglesa en badana castaño y cuyo carácter modesto se hace doblemente patente porque el interior de las tapas no lleva guardas, por lo que queda al descubierto el cartón gris. La encuadernación holandesa corriente era realizada en pergamino blanco, rígido y pulimentado, muy sobriamente decorado y con el título escrito con tinta china en la parte superior del lomo liso; en la encuadernación en pergamino italiana y española, por el contrario, el título aparecía impreso a lo largo del lomo y las tapas carecían de refuerzo de cartón, por lo que eran suaves y flexibles como las de los pequeños libros en piel de gamuza de nuestros días.

Pero los grandes coleccionistas reales y de la nobleza no se contentaban, como antes se dijo, con estas formas tan modestas y, especialmente en Francia, se practicó la encuadernación artística en igual escala que en los días de Francisco I y Enrique II. A comienzos del siglo XVII imperaba aún el estilo «à la fanfare», con sus ramas de laurel estilizadas, pero en los últimos años de Luis XIII se inicia un estilo de decoración completamente nuevo al comenzarse a utilizar hierros con *líneas punteadas* (en francés: *fers pointillés*), de forma que los sutiles y vigorosos sarmientos retorcidos en espiral dan paso a puntos diminutos y muy próximos, que se extienden sobre toda la tapa o se agrupan en el centro en torno a las armas del propietario. En este estilo decorativo se encuentra, por curioso que parezca, sólo una débil huella de la ornamentación barroca; no se puede hablar propiamente, por lo tanto, de un período barroco en la historia de la encuadernación como puede hacerse en la del arte. Los hierros punteados se extendieron también al lomo e incluso al interior de las tapas, que en las encuadernaciones de lujo se encontraban con frecuencia recubiertas con badana o seda; estas guardas, que anteriormente se componían de papel corriente y sin colorear, eran ahora con frecuencia jaspeadas y lo mismo ocurrió con los cantos.

Se considera como autor del estilo punteado al encuadernador Le Gascon, acerca del cual no se conoce por lo demás gran cosa, hasta el punto de ignorarse si Le Gascon fue su auténtico nombre o un sobrenombre debido a su lugar de origen. Se ha querido identificarle, aunque sin motivo, con otro encuadernador, Florimond Badier, que realizó encuadernaciones en el mismo estilo y las proveía con su firma. Es tan seguro que Le Gascon o discípulos suyos trabajaron para los grandes coleccionistas de la época, Mazarino, Colbert, Séguier y el erudito Nicolás de Peiresc, como que pronto su estilo encontró imitadores en Francia y países vecinos. Era más fácil trabajar con las líneas punteadas que con las continuas y en este sentido la introducción del estilo Le Gascon significó cierta simplificación en relación con el estilo «à la fanfare». Una simplificación ulterior ocurrió cuando el encuadernador Macé Ruette ideó el reemplazar los numerosos hierros pequeños por otros grandes, en los que los ornamentos punteados se reunían en un conjunto y se los disponía dentro y alrededor de la línea de un marco. Muchos de estos grandes hierros adoptaron en la segunda mitad del siglo la forma de media luna, con las puntas enrolladas, variantes del estilo Le Gascon que obtuvieron una gran popularidad, especialmente en Inglaterra.

En Holanda imitaron el estilo Le Gascon, entre otros, la ya mencionada familia de encuadernadores, los Magnus, que emplearon los hierros punteados en las encuadernaciones comerciales de los Elzevir. Estas fueron hechas en taflete verde, mientras que en Francia y otros países era rojo el color favorito para la piel. También en Inglaterra, donde la aristocracia y el alto clero contaban con muchos bibliófilos en sus filas, se adoptó el estilo Le Gascon. Una variación especial adoptó en manos del encuadernador de la corte de Carlos II, Samuel Mearne, que combinó los hierros punteados con ornamentos de línea continua, como medias lunas, tulípanes, claveles y otras flores estilizadas. En algunas de sus encuadernaciones, las llamadas *all-over*, dominaban los

hierros de «media luna», pero también realizó el llamado *cottage-bind*, cuyo cuartel central, por arriba y por abajo, estaba limitado por líneas, que prestan a la decoración cierta semejanza con una casa de campo inglesa (*cottage*).

Otro tipo totalmente diferente de encuadernación fue realizado para Luis XIV y su corte por el encuadernador real Antoine Ruette, encuadernación que casi carece de decoración, de modo que el cuero de color oscuro predomina con todo su efecto. A esta decoración ascética, que muestra tan notable oposición a la debilidad universal por la pompa, sentida en la época, se le adscribe, a comienzos del siglo xvii, la denominación de *encuadernación jansenista*, con alusión a la estricta tendencia religiosa de los de esta doctrina. También otros libros de bibliófilos franceses muestran una sobria decoración: un marco a lo largo de los bordes, algunos ornamentos en las puntas, unas armas o monograma en el centro y sólo los lomos ofrecen decoración más rica. En compensación, la cabritilla es de calidad selecta y es evidente que una nueva sensibilidad por la calidad de la superficie de la piel provocó esta reacción contra el dorado excesivo.

Los marcos originales de Le Gascon fueron siendo ampliados poco a poco con nuevas variantes (entre otros, los llamados hierros de Duseuil), puestos en venta por los grabadores junto a los ejecutados por los artistas para el uso de los encuadernadores. Los hierros en forma de rosetas o de abanico (*fers à l'éventail*) obtuvieron especial favor en Italia, donde se utilizaban además los grandes escudos familiares, y hallaron también aceptación en Alemania, pero sólo los encuadernadores de Heidelberg, que habían conservado las tradiciones desde los tiempos de Otón Enrique, fueron capaces de alcanzar los modelos franceses.